

Mis palabras a Víctor Frankenstein desde el Pueblo de Chamounix: Escenificando la Ira Transgénero*

Susan Stryker

El siguiente trabajo es una adaptación textual de una *performance* originalmente presentada en “Rage Across the Disciplines”, una conferencia sobre artes, humanidades y ciencias sociales que tuvo lugar del 10 al 12 de junio de 1993 en la Universidad de California en San Marcos. La naturaleza interdisciplinaria de la conferencia, su tema y la convocatoria de l*s organizador*s para la presentación de *performances* y trabajos académicos me inspiraron a ser creativa en la presentación de un tópico que en aquel entonces me preocupaba. Como miembro de *Transgender Nation* —un grupo de activismo transexual de acción directa, militantemente queer— estaba en ese momento involucrada en la organización de una irrupción y protesta en el encuentro anual de la Asociación Psiquiátrica Americana en San Francisco. Buena parte de la discusión en nuestros encuentros de planificación giraba en torno a cómo aprovechar las intensas emociones que emanaban de la experiencia transexual —especialmente la ira— y movilizarlas hacia acciones políticas efectivas. Estaba intrigada por la perspectiva de examinar críticamente esta ira en un marco más académico, mediante una aplicación idiosincrática del concepto de performatividad de género. Mi idea era escenificar, de modo autoconsciente, un género *queer*, más que simplemente hablar de él, corporizando y actuando, de esa manera, el concepto en discusión. Quería que la estructura formal del trabajo expresara una estética transgénero, al reproducir nuestras transiciones abruptas, a menudo discordantes, entre los géneros— desafiando las clasificaciones de género con la forma de mis palabras, de la misma manera en que mi transexualidad desafía las convenciones del sexo legítimo y aceptable. Durante la *performance* estuve de pie

* “My Words to Victor Frankenstein Above the Village of Chamounix —Performing Transgender Rage” apareció originariamente en GLQ 1 (3): 227-254, 994.

en el podio, trajeada de “me cago en el género”, botas de combate, un Levis 501 gastado sobre un *body* negro de encaje, una remera de *Transgender Nation* en jirones, con el cuello y las mangas recortados, un triángulo rosado, un pendiente de cristal de cuarzo, fantasía *grunge* de metal, y un anzuelo de seis pulgadas pendiendo de una pesada cadena de acero inoxidable colgada alrededor de mi cuello. Decoré el espacio cubriendo mi silla en la mesa de l*s panelistas con mi campera de cuero negro. La campera tenía esposas sobre el hombro derecho, anillos libertarios del arco iris en los lazos del lado derecho, y calcomanías al estilo de *Queer Nation* pegadas en la espalda, que decían CAMBIO DE SEXO, TORTA y AL CARAJÓ TU TRANSFOBIA.

Monólogo

El cuerpo transexual es un cuerpo no natural. Es el producto de la ciencia médica. Es una construcción tecnológica. Su carne es desgarrada y cosida nuevamente, en una forma diferente de aquella en la que nació. En estas circunstancias, encuentro una profunda afinidad entre yo misma como mujer transexual y el monstruo del *Frankenstein* de Mary Shelley. Como el monstruo, soy percibida con demasiada frecuencia como menos que humana del todo, debido a los medios de mi corporización; como también le ocurre al monstruo, mi exclusión de la comunidad enciende en mí una profunda y sostenida ira que, como el monstruo, dirijo contra las condiciones en las que debo luchar para existir.

No soy la primera en ligar el monstruo de *Frankenstein* y el cuerpo transexual. Mary Daly hace explícita la conexión al discutir la transexualidad en “Boundary Violation and the Frankenstein Phenomenon”, donde caracteriza a los transexuales como agentes de una “invasión necrofílica” del espacio femenino¹. Janice Raymond, quien reconoce a Daly como influencia formativa, es menos directa cuando dice que “lo mejor que se podría hacer con el problema de la transexualidad sería, por motivos morales, decretarlo inexistente”, sin embargo, en esta afirmación hace eco de los sentimientos de Víctor Frankenstein hacia el monstruo: “¡Fuera de aquí, vil insecto, o mejor,

¹ Daby (1978, pp 69-72).

quédate para que pueda pisotearte hasta convertirte en polvo. Tú me reprochas tu creación!”². Es un lugar común en la crítica literaria señalar que el propio monstruo de Frankenstein es su propio doble oscuro, romántico, el Otro foráneo que él construye y sobre el que proyecta todo lo que no puede aceptar de sí mismo; en efecto, Frankenstein llama al monstruo “mi propio vampiro, mi propio espíritu librado de la tumba”.³ ¿Podría sugerir yo que Daly, Raymond y otras de su calaña construyen de manera similar al transexual como su propio *golem* particular?⁴

La atribución de monstruosidad sigue siendo una característica palpable en la mayoría de las representaciones gays y lesbianas de la transexualidad, desplegando con enervante detalle el lado oculto, ansioso y temible de la fascinación cultural con la transgeneridad⁵.

² Raymond (1979), p 178; Shelley (1965), p 95.

³ Shelley (1965), p 74.

⁴ Mientras este comentario se propone como un rechazo desdeñoso del monstruo, sin embargo alude a un debate sustancial sobre el status de las prácticas e identidades transgenéricas en el feminismo lésbico. H.S. Rubin, en una tesis en sociología actualmente en curso en la Universidad de Brandeis, argumenta que el crecimiento demográfico pronunciado de la población transexual de mujer a varón durante las décadas de 1970 y 1980 se relaciona directamente con la ascendencia, en el contexto del lesbianismo, de un “lesbianismo cultural” que despreció y marginalizó prácticas que recordaban la “inversión de género” no deliberada como modelo de homosexualidad, especialmente en los roles *butch-femme* asociados con la cultura de bares de lesbiana de clase obrera. El feminismo cultural consolidó de este modo una alianza lesbo-feminista con el feminismo heterosexual clase media, al rendirse frente a las ideologías dominantes de género. La misma supresión de aspectos transgenéricos de la práctica lésbica, podría agregar, agitaron simultáneamente el espectro de lesbianas transexuales de varón a mujer como una amenaza particular a la estabilidad y pureza de la identidad lesbo-feminista no transexual. Para un contexto más amplio de este debate ver Echols, y Raymond, para el ejemplo más vehemente de la posición anti-transgénero.

⁵ El significado actual del término “transgénero” es materia de debate. La palabra fue originariamente acuñada como un sustantivo en la década de 1970 por personas que resistían la categorización de travestis o transexuales, y quienes usaban el tér-

Ver

Debido a que la transexualidad representa, más que cualquier otra práctica o identidad transgénero, el proyecto de desestabilizar la presuposición fundante de géneros fijos de la que depende la política de la identidad personal, la gente que ha invertido sus aspiraciones de justicia social en movimientos identitarios dice sobre nosotr*s, simplemente por pánico, cosas que si fueran dichas por otras minorías sólo serían publicadas en pasquines fascistas cristianos y de supremacía blanca, cargados de odio. Para citar extensamente una carta al editor de un popular periódico gay-lésbico de San Francisco:

mino para describir su propia identidad. A diferencia de los transexuales, pero como los travestis, l*s *transgéneros* no buscan la alteración quirúrgica de sus cuerpos, aunque usan habitualmente ropas que representan un género diferente que aquel al que fueran asignados al nacer. A diferencia de las travestis, pero como l*s transexuales, sin embargo, l*s *transgéneros* no alteran el código de vestimenta de su género solo de modo episódico o primariamente por gratificación sexual; más bien, ell*s expresan, consistente y públicamente, un compromiso actual con sus identidades de género afirmadas a través de las mismas estrategias de representación visual usadas por otr*s para significar ese género. La lógica que subyace a esta terminología refleja la tendencia extendida a construir el “género” como la manifestación sociocultural de un sexo “material”. Por lo tanto, mientras que l*s *transexuales* expresan sus identidades a través de un cambio físico de su corporalidad, l*s *transgéneros* lo hacen a través de un cambio no-corporal, en la expresión pública del género que es, sin embargo, más complejo que un simple cambio de ropas. Este ensayo, no obstante usa *transgénero* en un sentido más reciente que el original. Esto es, lo utilizo aquí como un término campana que refiere a todas las identidades o prácticas que cruzan, cortan a través, se mueven entre, o de otro modo torsionan las fronteras sexo/genéricas socialmente construidas. El término incluye, pero no se limita a, la transexualidad, el *travestismo* heterosexual, el *drag gay*, el lesbianismo *butch*, e identidades no europeas tales como las *berdache* nativo-americanas o las *hijras* de la India. Como *queer*, *transgénero* puede ser también usado como un verbo o un adjetivo. En este ensayo, la transexualidad es considerada una práctica/identidad *transgénero* cultural e históricamente específica, a través de la cual un sujeto *transgénero* entra en relación con instituciones médicas, psicoterapéuticas y jurídicas, para obtener el acceso a ciertas tecnologías hormonales y quirúrgicas para representarse y corporizarse a sí mismo.

“Considero que el transexualismo es un fraude y los que participan de él... perversos. El transexual (dice) que necesita cambiar su cuerpo para ser su “yo verdadero”. Como este “yo verdadero” requiere otra forma física en la cual manifestarse, debe, por lo tanto, pelear con la naturaleza. Uno no puede cambiar su género. Lo que ocurre es un exterior manipulado inteligentemente: lo que se ha hecho es una mutación. Lo que existe debajo de la superficie deformada es la misma persona que estaba allí antes de la deformación. La gente que rompe o deforma sus cuerpos (actúa) la farsa enfermiza de una aproximación delirante y patriarcal a la naturaleza, alienada del propio ser”.

Quien escribió la carta continúa diciendo, refiriéndose por el nombre a una persona en particular, que se identifica a sí misma como una lesbiana transexual -a la que había escuchado hablar en un foro público en *The Women's Building* en San Francisco:

“Cuando un hombre estrogenizado, con pechos, ama a una mujer, eso no es lesbianismo, eso es perversión mutilada. (Este individuo) no es una amenaza para la comunidad lesbiana, es un ultraje a nosotras. No es una lesbiana, es un hombre mutante, un *self-made-freak*, una deformidad, un insulto. Merece una bofetada. Después, merece que le hagan el cuerpo y la mente de nuevo, y bien”⁶.

Cuando seres como éstos me dicen que lucho contra la naturaleza, no encuentro más razones para afligirme por mi oposición hacia ellos –o hacia el orden que dicen representar – que las que sentía el monstruo de Frankenstein en su enemistad hacia la raza humana. No pierdo el honor de su compañía –me alejo de ella alegremente, montada en mi rugiente Harley, como una torta *leather* que porta un *dildo* salida del infierno.

La estigmatización promovida por esta suerte de etiquetamiento peyorativo no se produce sin consecuencias. Tales palabras tienen el poder de destruir vidas transexuales. El 5 de enero de 1993, Filisa Vistima, una mujer transexual de Seattle, de 22 años, en etapa postoperatoria, escribió en su dia-

⁶ Mikuteit 3-4, muy editado en procura de brevedad y claridad, p 3-4.

rio: “yo desearía ser anatómicamente ‘normal’ para poder ir a nadar. Pero no, soy un mutante, el monstruo de Frankenstein” Dos meses después, Filisa Vistima se suicidó. Lo que la llevó a tal desesperación fue la exclusión que experimentó en la comunidad queer de Seattle –algun*s miembr*s de esa comunidad se opusieron a la participación de Filisa, a causa de su transexualidad, aún cuando ella se identificaba y vivía como una mujer bisexual. El *Seattle Bisexual Women Network* anunció que si admitía transexuales ya no sería una organización de mujeres. “Estoy segura”, dijo una miembro, en referencia a la inclusión de mujeres transexuales bisexuales, “que los varones pueden hacerse cargo de sí mismos”. Filisa Vistima no era un varón, y le resultó imposible hacerse cargo de sí misma. Aún en la muerte no encontró sostén en la comunidad de la cual se decía miembro. “¿Por qué Filisa no se encomendó al cuidado psiquiátrico? Preguntó un columnista del *Seattle Gay News*. “¿Por qué no reclamó sus derechos civiles?” En este caso, los pobladores furiosos no sólo persiguieron a su monstruo hasta las afueras de la ciudad, le reprocharon ser vulnerable a las antorchas. ¿Se suicidó Filisa Vistima, o la mató la comunidad *queer* de Seattle? ⁷

Quiero tener derecho al oscuro poder sobre mi monstruosa identidad, sin usarla como arma contra otr*s o herirme yo misma con ella. Lo diré tan claramente como sé hacerlo: soy una transexual y, por lo tanto, soy un monstruo. Del mismo modo en que las palabras “torta”, “marica”, “raro”, “reventado/a” y “puta” han sido reivindicadas por gays y lesbianas, palabras como “criatura”, “monstruo” y “no natural” necesitan ser reivindicadas por l*s transgéneros. Adoptándolas y aceptándolas, incluso apilándolas una sobre otra, podremos conjurar su capacidad de lastimarnos. Una criatura, después de todo, en la tradición cultural dominante en Europa Occidental, es nada más que un ser creado, una cosa hecha. La afrenta que ustedes, l*s human*s, sienten al ser llamad*s criaturas resulta de la amenaza que este término plantea a vuestra condición de “señor*s de la creación”, seres elevados por encima de la mera existencia material. Como en el caso de ser llamados “eso”, ser llamado criatura sugiere la falta o la pérdida de un carácter superior de *personidad*.

⁷ El párrafo precedente recurre extensamente, y por momento parafrasea, a O’Hartigan y Kahler.

No encuentro vergonzoso, sin embargo, reconocer mi relación igualitaria con el Ser material no humano; todo emerge de la misma matriz de posibilidad. “Monstruo” deriva del sustantivo latino *monstrum*, “portento divino”, formado a partir de la raíz del verbo *monere*, “advertir”. Pasó a referirse a cosas vivas de forma o estructura anómala o a criaturas fabulosas, como la esfinge, que estaban compuestas de partes impactantes e incongruentes, porque l*s antigu*s consideraban la apariencia de tales seres como un signo de algún evento sobrenatural inminente. L*s monstruos, como l*s ángeles, funcionaron como mensajer*s y herald*s de lo extraordinario. Sirvieron para anunciar revelaciones inminentes diciendo, en efecto, “presten atención: algo de profunda importancia está sucediendo”.

Escuchadme, compañeras criaturas: yo, que he morado en una forma inconciliable con mi deseo, yo, cuya carne ha devenido un ensamblado de partes anatómicas incongruentes; yo, que alcancé la similitud con un cuerpo natural solo a través de un proceso no natural, les hago esta advertencia: la naturaleza con la que ustedes me acosan es una mentira. No confíen en ella para protegerse de lo que yo represento, porque es una fabricación que encubre la falta de fundamento del privilegio que ustedes buscan mantener a mi costa. Ustedes han sido tan construidas como yo, la misma Matriz anárquica nos ha parido. Las invito a investigar vuestra naturaleza, como yo he sido obligada a confrontar con la mía. Las desafío a correr el riesgo de la abyección, y florecer tanto como yo lo he hecho. Presten atención a mis palabras y podrán descubrir las costuras y suturas en ustedes mismas.

Crítica

En respuesta a la pregunta que plantea en el título de su reciente ensayo “What is a monster (According to Frankenstein)”, Peter Brooks sostiene que, además de cualquier otra cosa que un monstruo pudiera ser, “también puede ser aquello que elude una definición de género”.⁸ Brooks lee la histo-

⁸ Brooks (1993), p 219.

ria de Mary Shelley sobre un científico extralimitado y su perturbadora creación como una temprana disidencia de la tradición literaria realista del siglo diecinueve, la cual no había aún logrado imponerse como forma narrativa. Entiende a Frankenstein como desplegándose textualmente a través de una estrategia narrativa generada por la tensión entre una epistemología visualmente orientada, por un lado, y una aproximación distinta al conocimiento de la verdad, la cual privilegia la *lingüística* verbal, por el otro.⁹ Conocer a través del mirar, y conocer a través del hablar/oír se generizan, respectivamente, como masculino y femenino, en el marco teórico crítico dentro del cual Brooks opera. Tomado en este contexto, el texto de Shelley es informado por –y critica desde el punto de vista de una mujer– la reorganización contemporánea del conocimiento provocada por la demanda cada vez más apremiante de la ciencia iluminista.¹⁰

El monstruo problematiza el género, en parte, a través de su fracaso como sujeto viable en el campo visual; aunque sea nombrado como “el”, ofrece una resistencia femenina, y potencialmente feminista, a ser definido por una escopofilia falicizada. El monstruo alcanza esta resistencia al dominar el lenguaje, en orden de demandar una posición como sujeto hablante y representar verbalmente la auténtica subjetividad denegada por el dominio especular. La monstruosidad transexual, sin embargo, junto con este afecto, la ira transgénero, no puede nunca demandar de un modo tan seguro un medio de resistencia –debido a la incapacidad del lenguaje para representar el movimiento temporal del sujeto transgenérico entre posiciones generizadas estables en una estructura lingüística. Nuestra situación efectivamente invierte aquella encontrada por el monstruo de Frankenstein. A diferencia del monstruo, nosotr*s a menudo citamos con éxito las normas culturales visuales de la corporización de género. Esta cita se vuelve resistencia subversiva cuando, a través de un uso provisorio del lenguaje, verbalmente

⁹ Brooks (1993), pp 199-200.

¹⁰ Ver Laqueur, 1-7, para una breve discusión de los efectos de las construcciones de género de la Ilustración. Las interpretaciones feministas de Frankenstein a las que Brooks responde incluyen a Gilbert y Gubar, Jacobus y Homans.

declaramos la no naturalidad de nuestra demanda de las posiciones de sujeto que, sin embargo, ocupamos ¹¹.

La perspectiva de un monstruo con una vida y una voluntad propias es una fuente mayor de horror para Frankenstein. El científico ha emprendido su proyecto con un fin específico en su mente —nada menos que el intento de someter la naturaleza completamente a su poder. Encuentra la manera de realizar sus deseos a través de la ciencia moderna, cuyos devotos, le parece, “han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados, pueden ordenar a los truenos del cielo, imitar el terremoto, y aún burlarse del mundo invisible con sus sombras. Más, más todavía, voy yo a realizar”, pensó Frankenstein. “Seré el pionero de un nuevo camino, exploraré poderes desconocidos y desplegaré para el mundo los profundos misterios de la creación”.¹² El fruto de sus esfuerzos no es, sin embargo, lo que Frankenstein anticipó. El rapto que esperó experimentar al despertar su criatura se transformó inmediatamente en pavor. “Vi abrirse los ojos amarillos y opacos de la criatura. Se abrieron sus mandíbulas y murmuró algunos sonidos inarticulados mientras una mueca arrugaba sus mejillas. Podría haber hablado, pero yo no escuché; una mano estaba extendida como para detenerme, pero yo escapé”.¹³ El monstruo también escapa y se aparta de la compañía de su hacedor por muchos años. En el interín, aprende algo sobre su situación en el mundo, y en lugar de bendecir a su creador, lo maldice. El éxito mismo del científico de Mary Shelley en la tarea que él mismo se asignó prueba, de este modo, paradójicamente, su futilidad; en lugar de demostrar el poder de Frankenstein sobre la materia, el cuerpo recientemente animado de la criatura es testigo del fracaso de su hacedor para alcanzar el dominio que pretendió. Frankenstein no puede controlar la mente y los sentimientos del monstruo que hace. Excede y refuta sus propósitos.

¹¹ El discurso abiertamente transexual subvierte de un modo similar la lógica tras la observación de Bloom, 218, según la cual “un ‘monstruo’ bello, o incluso uno aceptable, no hubiera sido un monstruo”.

¹² Shelley (1965), p 47.

¹³ Shelley (1965), pp 56-57.

Mi propia experiencia como transexual es comparable, en este aspecto, a la del monstruo. La conciencia moldeada por el cuerpo transexual es tan poco creación de la ciencia que refigura su carne, como lo es la mente del monstruo en la creación de Frankenstein. El programa que produjo las técnicas hormonales y quirúrgicas de reasignación de sexo no es menos pretencioso, y no menos noble, que el de Frankenstein. Médic*s heroic*s todavía se esfuerzan por triunfar sobre la naturaleza. El discurso científico que produjo las técnicas de reasignación de sexo es inseparable de la búsqueda de inmortalidad a través de la perfección del cuerpo, de la fantasía de total dominio a través de la trascendencia de un límite absoluto y del deseo excesivo de crear la vida misma.¹⁴

Su genealogía emerge de una búsqueda metafísica más antigua que la ciencia moderna, y sus políticas culturales están alineadas en un intento profundamente conservador de estabilizar la identidad de género al servicio del orden heterosexual naturalizado.

Nada de esto, sin embargo, excluye que los cuerpos transexuales médicamente contruidos sean sitios viables de subjetividad. Tampoco garantiza la conformidad de los sujetos así encarnados con el programa que resultó en los métodos transexuales de corporización. Cuando nos levantamos de la mesa de operaciones de nuestro renacimiento, nosotr*s, los transexuales, somos algo más y algo distinto de las criaturas que nustr*s hacedor*s intentaron que fuéramos. A pesar de que las técnicas médicas de reasignación de sexo son capaces de manufacturar los cuerpos que satisfacen el criterio

¹⁴ Billings y Urban documentan especialmente bien las actitudes médicas hacia la cirugía transexual como una de dominio técnico del cuerpo. Irvine sugiere cómo la transexualidad encaja en el desarrollo de la sexología científica, aunque se debe tener precaución al aceptar acriticamente la interpretación de la experiencia transexual que ella presenta en ese capítulo. Meyer, a pesar de algunos comentarios concluyentes extremadamente transfóbicos, ofrece un buen relato de la medicalización de las identidades transgénero; para una perspectiva transexual de la agenda específica tras las técnicas de reasignación, véase “The Empire Strikes Back: A Post-Transsexual Manifesto”, especialmente la sección titulada “Toda realidad en el capitalismo tardío ansía convertirse en imagen por su propia seguridad”, pp 280-304.

visual y morfológico que genera como efecto la naturalidad, involucrarse con esas mismas técnicas produce una experiencia subjetiva que contradice el efecto de naturalidad que la tecnología biomédica puede alcanzar. La corporalidad transexual, como la corporalidad del monstruo, ubica a su sujeto en una relación inasimilable, antagónica, *queer*, con la Naturaleza en la que, sin embargo, debe existir.

El monstruo de Frankenstein articula su situación no natural dentro del mundo natural con mucha más sofisticación, en la novela de Shelley, que lo que pueden esperar aquellos que están familiarizados sólo con la versión actuada por Boris Karloff en los clásicos films de James Whale de 1930. El crítico de cine Vito Russo sugiere que la interpretación de Whale del monstruo estaba influida por el hecho de que el director era un gay en el closet en el momento en que hizo sus películas de Frankenstein. El *pathos* del que dotó a su monstruo derivó de la experiencia de su propia identidad sexual escondida.¹⁵ La criatura de Whale, monstruosa y artificial a los ojos del mundo, pero buscando sólo el amor de los de su clase y la aceptación de la sociedad humana, externaliza y vuelve visible la pesadillesca soledad y mi propia situación como ser abiertamente transexual. Yo emulo, en cambio, al monstruo literario de Mary Shelley, que es ingenioso, ágil, fuerte y elocuente.

En la novela, la criatura huye del laboratorio de Frankenstein y se esconde en la soledad de los Alpes donde, a través de la sigilosa observación de la gente que encuentra, adquiere gradualmente un conocimiento del lenguaje, la literatura y las convenciones de la sociedad europea. Al comienzo sabe poco sobre su propia condición. “Todavía no había visto un ser que se me pareciera, o que quisiera alguna relación conmigo”, advierte el monstruo”.

¹⁵ Russo (49-50) “Los paralelismos homosexuales en *Frankenstein*” (1931) y en *La novia de Frankenstein* (1935) surgieron de la visión que los *films* tenían del monstruo como figura antisocial, del mismo modo que los gays eran considerados “cosas” que no tendría que haber ocurrido. En ambos *films* la homosexualidad del director James Whale puede haber pesado en esta visión”.

¿Qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino?¹⁶ Luego, el monstruo encuentra el diario de Victor-Frankenstein en el bolsillo de la chaqueta que tomó al escapar del laboratorio y se entera de los detalles de su creación. “Enfermaba mientras leía”, dice el monstruo. “Aumentar mi conocimiento sólo me mostraba qué despreciable paría que era”.¹⁷

Al enterarse de su historia, y experimentar el rechazo de tod*s aquell*s a los que se acercaba buscando compañía, la vida de la criatura da un oscuro vuelvo. “Mis sentimientos eran de ira y venganza”, declara el monstruo. “Yo, como el demonio, llevaba un infierno dentro de mí”.¹⁸ Podría haber sido feliz destruyendo toda la Naturaleza, pero decide seguir un plan más apropiado para asesinar sistemáticamente a todos aquellos a los que Víctor Frankenstein ama. Una vez que Frankenstein se da cuenta de que su propia creación abandonada es responsable de las muertes de aquellos seres más queridos para él, se retira con remordimiento a un pueblo de la montaña sobre su Ginebra natal, para ponderar su complicidad en los crímenes que el monstruo ha cometido. Mientras camina por los glaciares a la sombra de Mont Blanc, sobre el poblado de Chamounix, Frankenstein espía a una figura familiar que se le acerca cruzando el hielo. Por supuesto, es el monstruo, que pide una audiencia con su hacedor. Frankenstein está de acuerdo y los dos se retiran juntos a una cabaña en la montaña. Allí, en un monólogo que ocupa casi un cuarto de la novela, el monstruo le cuenta a Frankenstein la historia de su creación desde su propio punto de vista, explicándole cómo se volvió tan enfurecido.

Estas son mis palabras a Víctor Frankenstein desde el pueblo de Chamounix. Como el monstruo, podría hablar de mis tempranas memorias y de cómo me volví consciente de mi diferencia con todos los de mi alrededor. Puedo describir cómo adquirí una identidad monstruosa, adoptando el rótulo de transexual para nombrar partes de mi misma que no podía explicar de otra forma. Yo también he descubierto los diarios de los hombres que han hecho mi cuerpo, y que han hecho los cuerpos de criaturas como yo desde

¹⁶ Shelley (1965), pp 116-130.

¹⁷ Shelley (1965), pp 124-125.

¹⁸ Shelley (1965), p 130.

1930. Conozco en sus íntimos detalles la historia de esta intervención médica reciente en el establecimiento de la subjetividad transgénero; la ciencia busca contener y colonizar la amenaza radical planteada por una particular estrategia transgénero de resistencia a la coerción del género: la alteración física de los genitales¹⁹.

Vivo diariamente con las consecuencias de la definición médica de mi identidad como un trastorno emocional. A través del filtro de esta patologización oficial, los sonidos salen de mi boca pueden ser rechazados, en forma sumaria, como los desvaríos de una mente enferma.

Diario (18 de febrero de 1993)

Kim se sentó entre mis piernas estiradas, su espalda contra mí, su coxis en el borde de la mesa. Su mano izquierda agarró mi mano con tanta fuerza que una semana después los hematomas están todavía allí. Transpirando y bramando, pujó una última vez y el bebé por fin salió. A través de la espalda de mi amante, contra la piel de mi propio vientre, sentí un niño salir del cuerpo de otra mujer, y entrar en el mundo. Manos extrañas lo arrebataron para aspirar el meconio verde y viscoso de sus vías aéreas. “Es una niña”, dijo alguien. Paul, creo. ¿Por qué emergió justo entonces, sin palabras, una confusión de oscuros sentimientos desde algún tranquilo rincón trasero de mi mente? En ese momento de milagros no era el tiempo para ocuparme de ellos. Los empujé hacia atrás, sabiendo que eran demasiado fuertes como para evitarlos por mucho tiempo.

¹⁹ En ausencia de una historia crítica confiable de la transexualidad, lo mejor es volver a los informes médicos *standard*: ver especialmente Benjamin, Green y Money, y Stoller. Para una perspectiva de la variación transcultural en la institucionalización del sexo/género, ver Williams (1986), pp 252-76; Shapiro (1991), 162-68. Para informes sobre institucionalizaciones particulares de las prácticas transgénero que emplean la alteración quirúrgica de los genitales, ver Nanda (1990); Roscoe. (1994). L*s lector*s aveturad*s, curios*s en relación de las prácticas contemporáneas no transexuales de alteración genital pueden contactar con E.N.I.G.M.A. (Erotic Noepri-mitive International Genital Modification), SASE to LaFarge werks, 2329 N. Leavitt, Chicago, IL 60647.

Después de tres días estamos tod*s exhaust*s, levemente decepcionad*s de que las complicaciones nos hayan forzado a ir a Kaiser en lugar de tener el parto en casa. Me pregunto qué pensó el personal del hospital de nuestra pequeña tribu pululando por toda la sala de partos. Stephanie, la partera; Paul, el padre de la bebé; Gwen, la hermana de Kim; mi hijo Wilson y yo, y las otras dos mujeres que forman nuestra familia, Anne y Heather. Y, por supuesto, Kim y la bebé. Ella la llamó Denali, por la montaña de Alaska. No creo que el personal médico tuviera una idea de cómo nos considerábamos relacionad*s entre nosotr*s. Cuando el trabajo de parto comenzó, hicimos turnos intercambiando los roles de sostén pero, mientras progresaba la ordalía, nos ubicamos según un patrón más estable. Me encontré actuando como una asistente de partos. Hora tras hora, a través de docenas de series de contracciones, concentré todo en Kim, ayudándola a permanecer en control de sus emociones mientras se entregaba a ese inexorable proceso, fijando sus ojos en los míos para impedir que el dolor la sacara fuera de su cuerpo, respirando cada respiración con ella, siendo una compañera. Participé, incrementando la intimidad de un paso a otro, en la transformación ritual de la conciencia que rodeaba el nacimiento de su hija. Los rituales del nacimiento funcionan para preparar el yo para una apertura profunda, una apertura tanto psíquica como corporal. El cuerpo de Kim llevó este proceso ritual hasta una resolución dramática para ella, culminando en una experiencia visceral, catártica. Pero mi cuerpo me dejó colgada. Había hecho el viaje hasta un punto en el cual mi compañera tenía que continuar sola, y yo necesitaba continuar mi recorrido por mi misma. Para concluir el ritual del nacimiento en el que yo había participado, necesitaba mover algo en mí, tan profundo como la totalidad de una vida humana.

Floté desde el hospital hasta la casa, llena de una energía vital que no podía descargarse. Anduve dando vueltas hasta que estuve sola; mi ex había venido a buscar a Wilson. Kim y Denali estaban todavía en el hospital con Paul; Stephanie se había ido y los demás habían salido a dar la caminata que tanto necesitaban. Finalmente, en la soledad de mi hogar estallé como una bolsa de papel mojado y derramé los contenidos emocionales de mi vida a través de las manos ahuecadas, como una criba, sobre mi rostro.

A lo largo de los días, mientras acompañaba a mi pareja en su viaje, había estado abriéndome progresivamente y preparándome para dejar salir lo que había adentro, en lo más profundo. Ahora todo en mí desbordaba, trasladándose de adentro hacia fuera a través de mi garganta, de mi boca, porque estas cosas nunca podrían pasar entre los labios de mi concha. Sabía que la oscuridad que ya había vislumbrado emergería nuevamente, pero tenía vastos océanos de sentimientos para experimentar antes que surgiera otra vez.

Primero salió burbujeando una alegría simple ante la nueva vida, ola tras ola. Yo estaba increíblemente feliz. Estaba tan enamorada de Kim, y tenía mucha admiración por su fortaleza y valentía. Sentía orgullo y excitación por la familia queer que estábamos construyendo con Wilson, Anne, Heather, Denali y tod*s l*s beb*s que pudieran venir después. Tod*s hemos saboreado una posibilidad estimulante en la vida comunitaria y en los nutritivos lazos familiares que hemos entablado, para los que no tenemos nombres adecuados. Bromeamos con ser pioner*s en una frontera invertida, aventurarnos en el corazón mismo de la civilización para reclamarle la reproducción biológica al heterosexismo, y liberarla para nuestros propios usos. Somos feroces. En un mundo de “valores familiares tradicionales”, necesitamos serlo.

A veces, sin embargo, todavía lamento la desaparición de las viejas formas más familiares. No hace demasiado tiempo atrás desde que mi ex y yo estábamos casad*s, marido y mujer. Ese amor fue genuino y el dolor por su pérdida, real. Siempre deseé más intimidad con las mujeres que la intimidad con los hombres, y siempre sentí extraño ese deseo. Ella necesitaba que pareciera *straight*. La forma de mi carne era una barrera que me apartaba de mi deseo. Como un cuerpo sin boca, estaba muriendo de hambre en medio de la abundancia. No me hubiera dejado morir de hambre, aún si lo que debía hacer para abrirme a una conexión más profunda implicara cortar los lazos más hondos que tenía en ese momento. Entonces abandoné una vida y construí esta nueva. El hecho de que ella y yo hayamos empezado a llevarnos bien nuevamente, después de tanto conflicto entre nosotr*s, endulza un poco la amargura de nuestra separación. El día del nacimiento, esta pérdida pasada estaba presente aún en su recuperación parcial, sostenida junto a la plenitud recientemente encontrada en mi vida, evocaba una conmovedora y

esperanzada tristeza que me inundaba.

Pronto brotaron en abundancia la frustración y la rabia. A pesar de todo lo que había realizado, mi identidad todavía se sentía demasiado tenue. Todas las circunstancias de la vida parecían conspirar contra mí en un vasto acto compuesto de invalidación y borramiento. Como la persona que yo consideraba que era, había sido invisible en el cuerpo en el cual había nacido; había sido invisible como *queer* mientras la forma de mi cuerpo hacía que mis deseos parecieran *straights*. Ahora, como torta, soy invisible entre las mujeres; como transexual, soy invisible entre las tortas. Como compañera de una nueva madre, a menudo soy invisible como transexual, mujer y lesbiana. He perdido la cuenta de los amig*s y conocid*s que en estos meses pasados me preguntaron si yo era el padre. Esto muestra dramáticamente en qué medida ell*s simplemente no captan lo que estoy haciendo con mi cuerpo. El alto precio de la representación propia, visible e inteligible, que he construido, hace que la experiencia sostenida de invisibilidad sea enloquecedoramente difícil de soportar.

Los supuestos colectivos del orden naturalizado pronto me abrumaron. La Naturaleza ejerce una opresión demasiado hegemónica. De pronto me sentí perdida y asustada, sola y confusa. ¿Cómo aquel niño mormón de Oklahoma que yo fui pudo crecer para ser una torta leather transexual de San Francisco con un doctorado en Berkeley? Mantener mi orientación en un viaje tan largo y extraño parecía una propuesta absurda. Mi hogar se había alejado tanto detrás de mí que se había ido para siempre, y no había lugar para descansar. Sacudida por fuertes emociones, un poco aturdida, sentí disolverse las paredes internas que me protegen y dejarme vulnerable a todo lo que pudiera lastimarme. Lloré y me abandoné a la abyecta desesperación por lo que el género me había hecho.

Esto está tan jodido que ya no se puede reconocer. Esto duele demasiado como para seguir. Hoy estuve más cerca que nunca de dar nacimiento—literalmente. Mi cuerpo no puede hacer eso: no puedo ni siquiera sangrar sin una herida y aún reclamo ser una mujer. ¿Cómo? ¿Por qué me sentí siempre así? Soy una freak de mierda. No podré ser jamás una mujer como otras mujeres, pero no podría nunca ser un hombre. Quizás no haya realmente ningún lugar para mí en toda la creación. Estoy tan cansada de este movi-

miento sin pausa. Le hago la guerra a la naturaleza. Estoy alienada del Ser. Soy una deformidad automutilada, una pervertida, una mutante, atrapada en una carne monstruosa. Dios, nunca quise quedar atrapada nuevamente. Me he destruido. Estoy cayendo dentro de la oscuridad. Me estoy desarmando.

Entro en el reino de mis sueños. Estoy debajo del agua, nadando hacia arriba. Está oscuro. Veo un resplandor sobre mí. Atravieso el plano de la superficie del agua con mis pulmones estallando. Aspiro buscando aire -y encuentro sólo más agua. Mis pulmones están llenos de agua. Adentro y afuera estoy rodeada de agua. ¿Por qué no estoy muerta si no hay diferencia entre yo misma y eso dentro de lo que estoy? Hay otra superficie sobre mí y nado frenéticamente en su dirección. Veo un resplandor. Atravieso el plano de la superficie del agua una vez y otra y otra. El agua me aniquila. No puedo ser y aún –una atroz imposibilidad- soy. Haré lo que sea para no estar aquí.

Nadaré para siempre
moriré por la eternidad
aprenderé a respirar agua
me convertiré en el agua
si no puedo cambiar mi situación me cambiaré a mi misma

En este acto de mágica transformación
Me reconozco a mí misma nuevamente

Soy movimiento sin fundamento y sin límites
Soy una corriente furiosa
Soy una con la oscuridad y lo mojado.

Y estoy llena de ira.
Aquí por fin está el caos que mantuve a raya.
Aquí por fin está mi fortaleza.
No soy el agua
Soy la ola
y la ira
es la fuerza que me mueve.

La ira
me devuelve mi cuerpo
como su propio medio fluido.

La ira
perfora un agujero en el agua
alrededor del cual me fundo
para permitir a la corriente pasar a través mío.

La ira
me constituye en mi forma primaria
arroja mi cabeza hacia atrás
empuja mis labios hacia atrás sobre mis dientes
abre mi garganta
y me levanta para aullar, y ningún sonido diluye
la pura cualidad de mi ira.

No existe
ningún sonido
en este lugar sin lenguaje
mi ira es un delirio silencioso.

La ira
me arroja hacia atrás al fin
dentro de esta mundana realidad
con esta carne transfigurada
que me alinea con este poder de mi ser.

Al dar a luz mi ira
Mi ira me ha dado luz a mí.

Teoría

Una disyunción formal parece particularmente apropiada en este momento, porque el afecto que busco examinar críticamente, lo que he denominado “ira transgénero”, emerge de entre los intersticios de las prácticas discursivas y del colapso de las categorías de género. La ira misma es

generada por la situación del sujeto, en un campo gobernado por la relación inestable, pero indisoluble, entre el lenguaje y la materialidad. Una situación en la cual el lenguaje organiza y vuelve significativa una cuestión que elude simultáneamente una representación definitiva y que demanda su propia rearticulación perpetua en términos simbólicos. Dentro de este campo dinámico, el sujeto debe constantemente vigilar la frontera construida por su propia fundación, para mantener las ficciones del “adentro” y del “afuera” -contra un régimen de significación/materialización cuya inestabilidad intrínseca produce, como una de sus características regulares, la ruptura de los límites subjetivos. El afecto de la ira, como busco definirlo, está localizado en el margen de la subjetividad y en el límite de la significación. Se origina en el reconocimiento del hecho de que la “exterioridad” de una materialidad que perpetuamente viola la exclusión del espacio subjetivo, dentro de un orden simbólico, está también necesariamente “dentro” del sujeto, como terreno para la materialización del cuerpo y la formación de su ego corporal.

Esta ira primaria se vuelve específicamente ira *transgénero* cuando la incapacidad para excluir al sujeto sucede a través de la imposibilidad de satisfacer las normas de la *corporización generalizada*. La ira transgénero es la experiencia subjetiva de ser forzado a transgredir lo que Judith Butler ha llamado los esquemas *generizados* altamente regulatorios que determinan la viabilidad de los cuerpos, el ser forzado*s a entrar en un “dominio de cuerpos abyectos, un campo de deformación” que, al ser invivible, abarca y constituye el reino de la subjetividad legítima.

La *ira transgénero* es una furia *queer*, una respuesta emocional a las condiciones en las que se vuelve imperativo emprender, con el fin de continuar sobreviviendo como sujeto, un conjunto de prácticas que precipitan la exclusión de un orden naturalizado de existencia, el cual busca mantenerse como la única base posible para ser un sujeto. Sin embargo, al movilizar las identidades de género y volverlas provisorias, abiertas a un desarrollo y ocupación estratégicos, esta rabia vuelve posible nuevos modos de establecimiento de sujetos, regulados por códigos de inteligibilidad diferentes. La ira transgénero proporciona un medio para la desidentificación respecto de posiciones de sujeto compulsivamente asignadas. Hace posible la transición de una posición de sujeto *generizada* a otra, al usar la imposibilidad de una

completa exclusión subjetiva para organizar una fuerza externa como impulso interno, y viceversa. Mediante la operación de la ira, el estigma mismo deviene la fuente del poder de transformación²⁰.

Quiero detenerme y teorizar, en este momento particular del texto, ya que cuando regresé del estado de abyección al que había sido arrojada después del nacimiento de la hija de mi amante, empecé inmediatamente a contarme una historia para explicar mi experiencia. Comencé teorizando, usando todas las herramientas conceptuales que mi educación había puesto a mi disposición. Sin duda que podrían ser contadas otras historias verdaderas sobre estos hechos pero, al regresar, supe a ciencia cierta qué fue lo que encendió mi ira en la sala de partos del hospital. Fue la ausencia de consensualidad en relación a la asignación de género del bebé. Ves, me dije, limpiándome los mocos de la cara con la manga de la camisa, los cuerpos se vuelven significativos sólo a través de un modo cultural y específico de apoderamiento de su condición física, que transforma la carne en un artefacto útil. La asignación de género es el paso inicial en esta transformación, inseparable del proceso de formación de la identidad mediante el cual somos ubicados en un sistema de intercambio en una economía heterosexual. La autoridad se fija en cuestiones materiales específicas de la carne, especialmente los genitales, como indicación del futuro potencial reproductor, construye esa carne como signo y lo lee para aculturar el cuerpo. La atribución de género es compulsiva, codifica y despliega nuestros cuerpos en formas que nos afectan materialmente.

Sin embargo, no elegimos nuestras marcas ni los sentidos que arrastran.²¹ Este fue el acto realizado entre el comienzo y el final de esa corta frase en la sala de partos: “es una niña”. Ese fue el acto que volvió a traer toda la

²⁰ Ver Butler, “Introduction”, 4 y *passim*.

²¹ Un grupo de académicos informa estas observaciones. Gayle Rubin proporciona un punto de partida productivo para desarrollar no sólo una política económica del sexo, sino también de la subjetividad de género; sobre reclutamiento y atribución de género, ver Kessler y MaKenna; en cuanto al género como sistema de marcas que naturaliza a los grupos sociológicos basados en supuestas similitudes materiales compartidas, fui influenciada por algunas ideas sobre la raza de Guillaumin, y por Wittig.

angustia de mis propias luchas con el género. Pero éste fue, también, el acto que impulsó mi complicidad en la asignación no consensual del género de otro. La violencia que asigna el género es la condición fundante de la subjetividad humana; tener un género es el tatuaje tribal que hace cognoscible la propia persona. Estuve por un momento entre los dolores de dos violaciones, la marca del género y lo insoportable de su ausencia. ¿Podría decir yo cuál de los dos es peor? ¿O podría yo realmente decir a cuál sentía que se podría sobrevivir mejor? ¿Cómo es posible que no se produzca una ira impronunciable al encontrar al propio sí mism* postrad* y sin poder en presencia de la Ley del Padre? ¿Cuál es la diferencia si el padre, en esta instancia, era un anarquista punk marica, con *piercings*, tatuado, con el pelo color violeta, que ayudó a su amiga torta a quedar embarazada? El lenguaje falocéntrico, no el hablante particular, es el bisturí que define nuestra carne. Desafío esa Ley en mi rechazo a atenerme a su decreto original en mi relación con mi género. A pesar de que no puedo escapar a su poder, puedo moverme a través de su *medium*. Quizás pueda, si me muevo con la furia suficiente, deformarlo al pasar, para dejar una huella de mi ira. Puedo de verdad adoptarlo para volver a nombrarme, declarar mi transexualidad, y acceder a los medios para mi reinscripción legible. A pesar de que no puedo sostener yo misma la pluma, puedo moverme bajo ella por los placeres propios y profundos que me sostienen.

Encontrar mi cuerpo transexual, aprehender una conciencia transgénero articulándose a sí misma, es arriesgar a que se revele lo construido del orden natural. Confrontar las implicancias de esta condición de construido puede evocar toda la violación, pérdida y separación infligidas por el proceso de asignación de género que sostiene la ilusión de naturalidad. Mi cuerpo transexual literaliza esa violencia abstracta. Como l*s portador*s de esas inquietantes novedades, nosotr*s l*s transexuales a menudo sufrimos por el dolor de otr*s, pero no soportamos voluntariamente la ira de l*s otr*s dirigida contra nosotr*s. Y tenemos algo más para decir, si se dignan a escuchar a l*s monstruos: existe la posibilidad de una agencia y una acción significativas, aún dentro de campos de dominación que determinan la violación cultural universal de toda carne. Estén advertid*s, sin embargos, que dedicarse a esta tarea los recreará en el proceso.

Al hablar como un monstruo con mi voz personal, al usar las imágenes oscuras y aguadas del Romanticismo y al deslizarme, ocasionalmente, dentro de sus cadencias melancólicas y sus posturas grandiosas, empleo las mismas técnicas literarias que Mary Shelley usaba para provocar simpatía hacia la creación de su científico. Como esa criatura, afirmo mi valor como monstruo, a pesar de las condiciones que mi monstruosidad requiere que encare, y redefino una vida digna de ser vivida. He hecho las preguntas miltonianas que Shelley planteaba en el epígrafe de su novela: “¿Te solicité a ti, Creador, desde mi arcilla, que me moldearas como hombre? ¿Acaso te solicité desde la oscuridad para que me promovieras?” Como una sola voz, su monstruo y yo contestamos que “no”, sin degradarnos, porque hemos hecho el duro trabajo de constituirnos a nosotr*s mism*s en nuestros propios términos, contra el orden natural. A pesar de que renunciamos al privilegio de la naturalidad, eso no nos detiene, porque en su lugar nos aliamos con el caos y la negrura desde donde se derrama la Naturaleza²².

Si este es tu camino, como es el mío, déjame ofrecerte el solaz que pudieras encontrar en esta monstruosa bendición. Que descubras el poder de la oscuridad dentro de ti. Que él nutra tu ira. Que tu ira de forma a tus acciones, y tus acciones te transformen mientras luchas por transformar tu mundo.

²² A pesar de que me refiero aquí a “caos” en su sentido general, es interesante especular sobre la aplicación potencial de la teoría científica del caos para modelizar la emergencia de estructuras estables de identidades de género a partir de una matriz inestable de atributos materiales y sobre la producción de una proliferación de identidad de género, a partir de un conjunto relativamente simple de procedimientos productores de género.

Bibliography

- Benjamin, Harry. *The Transsexual Phenomenon*. New York: Julian, 1966.
- Billings, Dwight B., and Thomas Urban. The Socio-Medical Construction of Transsexualism: An Interpretation and Critique. *Social Problems* 29 (1981): 266-82.
- Bloom, Harold. Afterword. *Frankenstein, or The Modern Prometheus*. New York: Signet/ NAL, 1965. 212-23. Orig. pub. "Frankenstein, or The New Prometheus." *Partisan Review* 32 (1965): 611-618.
- Brooks, Peter. *Body Work: Objects of Desire in Modern Narrative*. Cambridge, MA: Harvard UP, 1993.
- Butler, Judith. *Bodies That Matter: On the Discursive Limits of "Sex."* New York: Routledge, 1993.
- Daly, Mary. *Gyn/Ecology: The Metaethics of Radical Feminism*. Boston: Beacon, 1978.
- Echols, Alice. *Daring to Be Bad: Radical Feminism in America, 1967-1975*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1989.
- Gilbert, Sandra, and Susan Gubar. Horror's Twin: Mary Shelley's Monstrous Eve. *The Madwoman in the Attic*. New Haven: Yale UP, 1979. 213-47.
- Green, Richard, and John Money, eds. *Transsexualism and Sex Reassignment*. Baltimore: Johns Hopkins UP, 1969.
- Guillaumin, Colette. "Race and Nature: The System of Marks." *Feminist Studies* 8 (1988): 25-44.
- Homans, Margaret. "Bearing Demons: Frankenstein's Circumvention of the Maternal." *Bearing the Word*. Chicago: Chicago UP, 1986. 100-19.
- Irvine, Janice. *Disorders of Desire: Sex and Gender in Modern American Sexology*. Philadelphia: Temple UP, 1990.
- Jacobus, Mary. Is There a Woman in this Text? *Reading Woman: Essays in Feminist Criticism*. New York: Columbia UP, 1986. 83-109.
- Kahler, Frederic. "Does Filisa Blame Seattle?" Editorial. *Bay Times* [San Francisco] 3 June 1993: 23.
- Kessler, Suzanne J., and Wendy McKenna. *Gender: An Ethnomethodological Approach*. Chicago: U of Chicago P, 1985
- Laqueur, Thomas. *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, MA: Harvard UP, 1990.
- Meyer, Morris. I Dream of Jeannie: Transsexual Striptease as Scientific Display. *The Drama Review*. 35.1 (1991): 25-42.

- Mikuteit, Debbie. Letter. *Coming Up!* Feb. 1986: 3-4.
- Nanda, Serena. *Neither Man Nor Woman: The Hijras of India*. Belmont, CA: Wadsworth, 1990.
- O'Hartigan, Margaret D. I Accuse. *Bay Times* [San Francisco] 20 May 1993: 11.
- Raymond, Janice G. *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*. Boston: Beacon, 1979.
- Roscoe, Will. Priests of the Goddess: Gender Transgression in the Ancient World. American Historical Association Meeting. 9 January 1994. San Francisco.
- Rubin, Gayle. "The Traffic in Women: Notes on the "Political Economy" of Sex. *Toward an Anthropology of Women*. Ed. Rayna R. Reiter. New York: Monthly Review P, 1975. 157-210.
- Russo, Vito. *The Celluloid Closet: Homosexuality in the Movies*. New York: Harper and Row, 1981.
- Shapiro, Judith. Transsexualism: Reflections on the Persistence of Gender and the Mutability of Sex. *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Eds. Julia Epstein and Kristina Straub. New York: Routledge, 1991. 248-79.
- Shelley, Mary. *Frankenstein, or The Modern Prometheus*. Orig. pub. 1817. New York: Signet/NAL, 1965.
- Stoller, Robert. *Sex and Gender*. Vol. 1. New York: Science House, 1968. *The Transsexual Experiment*. Vol. 2 of *Sex and Gender*. London: Hogarth, 1975.
- Stone, Sandy. The Empire Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto. *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Ed. Julia Epstein and Kristina Straub. New York: Routledge, 1991. 280-304.
- Williams, Walter. *The Spirit and the Flesh: Sexual Diversity in American Indian Culture*. Boston: Beacon, 1986.
- Wittig, Monique. The Mark of Gender. *The Straight Mind and Other Essays*. Boston: Beacon, 1992. 76-89.

"My Words to Victor Frankenstein Above the Village of Chamounix-Performing Transgender Rage" apareció originalmente en *GLQ* (3), pp 227-254.
 Traducción original: María Teresa Arcos.
 Revisión: Mauro Cabral.